

Tanatología Educativa

Muerte, humanización y trascendencia

Lic. Omar Olvera Cervantes

“Nos llegará la hora de la verdad”, “te llegará tu hora”, “colgaremos los tenis”, etc.: ciertamente, estas "sentencias" coloquiales encierran una profunda intuición que se refiere a la **conciencia de nuestra propia finitud** y la situación límite, que nos obliga a cuestionarnos sobre la verdad y el sentido de nuestra existencia personal, y sobre el sentido de la sociedad en que vivimos.

En muchos aspectos podemos verificar un grado de **deshumanización en las relaciones** que hemos establecido con la propia vida, el otro y en el conjunto de situaciones en las que nos realizamos en lo cotidiano. Una sociedad estará deshumanizada si impide al ser humano ser dueño tanto de la propia vida como de su propia muerte.

*"¿Cuándo es tiempo para plantear aquellas silenciosas **cuestiones que nunca gritan** y, sin embargo, son la contratela esencial de la vida humana?"* se pregunta González de Cardedal en su texto *La gloria del hombre*.

En este sentido, la modernidad occidental contrasta cruelmente con muchas sociedades y culturas primitivas. Incluso en nuestra sociedad rural de no hace tantos años, la muerte tenía un mayor protagonismo social y tenía un carácter simbólico que le daba un significado trascendente a la vida, ya que unía dos realidades, la inmediata y la trascendente a la que se aspiraba; sin embargo, como nos dice Rafael Argullol en su texto sobre la *Limitación del esfuerzo terapéutico*, nuestra relación con la muerte se ha reducido al máximo de la economía de la muerte.

La pregunta **¿cómo hay que morir?** nos angustia, y procuramos ignorarla. Hubo sociedades del pasado que supieron mirar a la muerte "cara a cara" y la integraron en su modo de vivir; para estas sociedades primitivas tenía incluso un carácter sagrado, que influía en la forma de vida en este mundo, impidiendo la banalización de la existencia y no sólo la del hombre, el vínculo con la naturaleza era en esa misma sintonía de lo sagrado. La cuestión sobre muerte, planteada en perspectiva personal, nos ofrece hondas implicaciones, por lo que en ese sentido la hemos transformado en un **tema tabú**. Hablar seriamente de ella conlleva una cierta prohibición, la vida en muchos casos tiene su medida cuando se enfrenta a esta realidad.

Junto al tabú personal se gesta un cierto tipo de **carácter "pornográfico"** de la muerte (Goeffrey Gorer); por una parte, tenemos la publicidad noticiera en los medios, la realidad social en la que se es testigo de la violencia y la muerte en su forma más cruda y la virtualización mediante el cine, las series (hay *realities* donde se simulan cacerías humanas) y los juegos de video, donde no sólo se atestigua una violencia extrema, sino que incluso se juega a ser el asesino.

Con todo eso no podemos eludir la realidad y contundencia del hecho de la muerte humana, en ella se hace la experiencia en la que, según muchos, lo más duro es la **posibilidad de perder un ser próximo**, un ser querido.

Si la muerte tiene necesariamente que llegar, atrevámonos a verla de frente, a **normalizar su sentido y significado**, sin caer necesariamente en conductas patológicas. Aunque

trágicamente para muchas personas en su realidad no deja de ser un “*signo de la deshumanización de una sociedad desprovista de salidas y expectativas positivas*” (Duque, *Los jóvenes y la muerte*, en *Adiós*, 2003), ¿qué grado de deshumanización estaremos tocando? Si muchos la tienen como la mejor de las salidas, o la miran como su único destino.

En nuestra sociedad bajo el criterio de “normal”, como observa Jean Baudrillard, la muerte se ha convertido en una “anomalía impensable”, en una “desviación incurable”. En el hombre actual, también está la otra represión de la idea de la muerte, la anormal, consistente en una **huida y negación sistemática** de su condición mortal, de hecho, existen actualmente formas virtuales de continuar existiendo, reclamando la memoria de los cercanos mediante la virtualización de algunos aspectos de la propia vida en las redes sociales.

En este sentido hay un miedo o temor normal ante la muerte que tiene hasta una función biológica; y otro que es patológico, en el que cualquier alusión a la muerte produce auténtica desazón y terror en el individuo. Este temor integra la inseguridad, los riesgos de vivir en este tiempo, ante la limitación de su propio ser. Hay muertes que se temen más que la muerte definitiva y que terminan por banalizar la verdadera muerte.

Paradójicamente, la muerte queda capturada en los espectáculos y en los medios de comunicación social, como la muerte del otro, de alguien lejano. Martín Heidegger, analizando la conciencia de la muerte en la cotidianidad del “ser-ahí” o “existente humano”, escribió: “*Día a día y hora a hora mueren desconocidos*”. Esta idea deshumaniza, separa al hombre de sí mismo y evidentemente, de los demás.

Este vaciamiento de sentido transforma a esta cultura en un campo en el que se busca “un plus de vida” a base de adrenalina, se actúa la muerte del otro de la manera más inmisericorde posible, como un negocio frente a una sociedad que simula ser incluyente.

El hombre occidental pretende distinguirse por la “confianza en la razón” y la “idea de progreso”; se abrió la idea de la posibilidad de una mejora indefinida de la condición humano-social; esta hegemonía acabó relegando las cuestiones éticas y subordinando la razón política. Se ha olvidado que la economía no debe ser una ciencia puramente pragmática, sino que debe estar orientada, como ciencia y razón instrumental, por una motivación ética y en vistas a servir al hombre, el valor absoluto ya no es la vida humana.

El progreso tecnológico nos hace orientarnos a lo que podemos tener de forma inmediata y eficiente; **el concepto de trascendencia es marginal**, se ha reducido al ámbito de lo pragmático. La razón técnica estableció el criterio de lo verdadero como la única forma de relacionarnos con el mundo. Muchos seres humanos quedan entonces sumidos en la perplejidad, en la angustia existencial, sencillamente porque la razón instrumental no sabe decirles quiénes son o simplemente no son incluidos en el ideal de progreso.

Hasta hace no mucho la muerte era el fin de la vida física y el inicio de la aventura hacia una forma de vida espiritual y gozosa. Pero el binomio sobre el que se erige nuestra cultura: razón – progreso, han reducido lo humano a su expresión mínima en cuanto a la funcionalidad y eficiencia.

Según Gianni Vattimo, con la “muerte de Dios”, y la crisis de los “universos simbólicos”, se socavó la estructura estable del ser, y se cuestionaron la idea de una concepción global del

mundo, un sentido unitario de la historia y la idea de un sujeto capaz de desvelar y adueñarse de ese sentido.

Ante este contexto, el reto es el redescubrir el significado y sentido de la vida humana y apostar por esa humanidad que está más allá de los reduccionismos funcionales, tenemos que reconocer y darle su lugar al misterio y a lo sagrado de la existencia. Reconocer el significado que porta el otro que está ahí, esperando ser visto y tratado como ser humano.

La razón es el instrumento que nos permite establecer esas relaciones éticas, políticas y metafísicas. La educación tiene un lugar relevante en cuanto que capacita al ser humano para mantener esa apertura y trascendencia o para hacerle fracasar reduciéndole su humanidad a los límites de la razón pragmática y a los intereses sobre los que se ha construido el mundo occidental.